

Volumen XV.—Septiembre 1.º de 1920.—Número 148.

**REVISTA**  
del  
**COLEGIO MAYOR**  
de  
**Nuestra Señora del Rosario**

Publicada bajo la dirección  
de la Consiliatura



*Nova et vetera*

**BOGOTA**  
IMPRESA DE SAN BERNARDO  
**MCMXX**

## CONTENIDO

- Un libro que va olvidándose..... R. M. CARRASQUILLA  
La instrucción pública en Colombia.. MARCO FIDEL SUAREZ  
A mi madre..... LUIS ENRIQUE FORERO  
La evolución intelectual de la Nueva Granada a fines del siglo XVIII..... JULES HUMBERT  
El convento de San Diego.. JUAN CRISÓSTOMO GARCIA  
Emilio Posada Ucrós  
Gira estudiantil..... A. M. BARRIGA VILLALBA  
Apuntes para el estudio de la antropología..... JOSÉ TOMÁS ESCALLON.

## REVISTA

del

### Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Bogotá, Septiembre 1.º de 1920

#### UN LIBRO QUE VA OLVIDANDOSE

(El artículo que sigue fue escrito, en las vacaciones intermedias de 1897, y vio la luz, bajo el título de *Entre primos* y con la firma J. B. R., en la *Revista Nacional*, dirigida por don Lorenzo Marroquín. Hoy con motivo de haber empezado a publicar otro de los hijos de don José Manuel Marroquín los artículos literarios de su padre y tenido la bondad de dedicarme el libro, reproduzco mi escrito, casi desconocido, de ahora veintitrés años, como homenaje de admiración y cariño a la memoria del eminente escritor, amigo predilecto de don Ricardo Carrasquilla).

Acabo de leer *Entre Primos*. Todavía no había perdido la impresión gratisima que me dejaron, aunque en grado desigual, *Blas Gil* y *El Moro*.

Lo primero que ocurre al leer estas tres sabrosas producciones del talento y buen gusto de don José Manuel Marroquín, es admirar el fenómeno, rarísimo en Colombia, de un hombre que, a los setenta años, produce, en menos de dos, tres obras de aliento, muy superiores a cuanto alcanzó en los años juveniles. Si algún europeo leyera estas líneas, me replicaría que nada hay más natural; que a los catorce lustros cualquiera tiene más fuste y conocimientos que a los ocho, y que setenta años son apenas el tránsito de la edad

madura a la senil. Replicaríale yo que en Colombia la vida se huye más aprisa por la falta de estaciones y la sobra de cuidados y zozobras, por la *primavera perpetua*, la *independencia de carácter* y una perenne revolución en cierne, cuando no en flor o en fruto. Le añadiría que nuestra tierra, sin ser caliza, es propicia para fosilizar; y que acá abundan ejemplares del *hombre fósil*, no enterrado en cavernas invadidas por la arenisca, sino andando y tomando el sol por esas calles de Dios. Hay políticos que se creen en 1848, otros de 1859; literatos que parecen pensar que Zorrilla es lo *último* del arte; para no multiplicar los ejemplos, cómo dicen todavía otros fósiles más recientes.

Haríale presente a mi europeo que aquí no se trata de obras eruditas, mejores cuanto más maduro sea su autor, sino de libros *de imaginación*, como ahora se dice, y de aquellos, por tanto, que requieren los bríos y espejismos de la mocedad.

Por último haría presente a mi disputador imaginario que no es el caso de un viejo que conserve las ilusiones de la juventud: las tenía él ya perdidas, según toda probabilidad, en la época de la vida en que los demás principian a formarlas; pero sí de quien tiene, a falta de fantasmagorías en la cabeza, varios ingredientes frescos en el corazón: fe en Dios, tan sencilla y candorosa como de niño, benevolencia y caridad con el prójimo, y el *sentir* de la naturaleza, no coloreada por la fantasía sino vista tal como la hicieron las divinas manos de su Autor.

Si estuviera escribiendo un artículo de crítica destinado al público—ya se me quitó la costumbre de ponerle adjetivos al público—aquí vendría como anillo al dedo un juicio sumario sobre *Blas Gil* y *El Moro*, para ver los *progresos* de su autor, examinar cómo proceden uno de otro, y *Entre Primos* de ambos: es decir,

no de los dos primos, sino de los dos libros anteriores. Pero como estoy escribiendo para hablar conmigo a solas, y mi interlocutor, que es *yo mismo*, ya sabe mi juicio sobre aquellas obras, empiezo por lo que deseo escribir.

*Entre Primos* es una novela. Lo digo porque ni *Blas Gil* ni *El Moro* lo son, por razones que saltan a la vista de quien los haya leído. No es por tacharlos. ¿Sólo las novelas son libros buenos? Al contrario, casi todas son malas, moralmente consideradas, y de ellas puede decirse lo que dijo un grande escritor y gran santo de los bailes: «Son como los hongos, que los mejores no valen un ardite.»

Los libros anteriores de Marroquín no son, pues, novelas, pero sí dos *libros*, bueno el uno, superior el otro. El tercero es novela, y exquisita, no por novela precisamente, sino por lo que diré en seguida.

Me fijo en que es novela, porque aquí se ha aseverado que no hay—no falta quien profetice que en mucho tiempo no habrá—novela colombiana. Lo mismo decían de la española hasta hace cuarenta años; pero primeramente Fernán Caballero, y después Alarcón, Pereda, Pérez Galdós han venido a mostrar que sí cabe verdadera y genuina novela castellana, no imitada de los autores transpirenaicos.

Entre nosotros ya se han hecho ensayos apreciables. Aparte de la *María* de Isaacs, desempeño feliz, con fondo caucano, del eterno idilio de los primeros amores rotos por la muerte, han ensayado hacer novelas, acercándose más o menos al éxito, imitando esta o aquella *manera* europea, Angel Gaitán, Eugenio Díaz, Caicedo Rojas, Samper; y en estos días los antioqueños Tomás Carrasquilla y Eduardo Zuleta.

Si éste fuera artículo de revista, aquí campearía un juicio en dos palabras para cada uno de los exploradores de ese mundo inhospitalario, sembrado de

abrojos y cortado por derrumbaderos y precipicios. Lo único que deseo dejar dicho aquí es que algunos de los ensayos precitados y de los que no cité porque no me vino en talante tienen, o un fondo, o una superficie, o, cuando menos, unos ribetes de vulgaridad. No es culpa de los autores sino de la cosa en sí misma. Si la novela ha de ser colombiana, y teñida de colorido local, hay que hacer intervenir en ella a gentuza zafia, porque la gente educada de acá es idéntica a la de París o Madrid, y que platiquen los personajes en su vulgarísimo idioma, y vaya usted a ver lo que resulta. Claro que Pereda habla en montañés por boca de sus héroes, y describe muchas ordinarietas y miserias; pero engasta tan guapamente los provincialismos en el oro sin liga de su incomparable prosa castellana, y pone tanta nobleza moral al lado de las bajezas de la vida, y sabe realzar tanto lo grande, que se oculta en lo pequeño y lo poético que guarda en las entrañas la vida arrasada de pescadores y gañanes, que por eso Pereda es quien es; y no se diga más.

Pues Marroquín escribe una novela en que sirven de decoración la venta del camino, la enramada del trapiche, la casita de los barqueros; y de comparsas la moza calentana, el arriero de la tierra fría, el peón de la hacienda, hasta la idiota que se halla uno, siempre riéndose y mostrándole los zarcillos de cuentas azules que lleva en las orejas, no bien se apea en el corredor de la posada en cualquier pueblo de Cundinamarca que pase de los veinte grados centígrados de calor. Trae Marroquín palabras y frases del pueblo, no tiene asco de llamar *remillón*, *túmbilo*, *cerca morena*, a objetos que no tienen nombre español, porque no existen ni se conocen en España; no vacila en reproducir en los diálogos el hablar de los rústicos; y sin embargo el libro es castizo, de sangre pura castellana, desde la portada

hasta el *Fin*; y no tiene ni un asomo de vulgaridad, ni una frase que cause repulsión al más intolerante hablista de Castilla.

En estas dos prendas: nobleza y gusto refinado sobresale Marroquín, y son precisamente las mismas que críticos eminentes contemporáneos atribuyen como distintivas a Octavio Feuillet. Hartas porquerías y pequeñeces hay en la vida real para que el escritor las aumente con las que describe en sus libros; ni vale la pena de leer si la lectura, en vez de consolar el ánimo con cuadros risueños y serenos, lo atribula más, pintando realzado lo mismo de que iba uno huyendo al tomar el libro entre manos. Eso sí, Feuillet, según informes, aunque pulcro y relamido, no es de lo edificante que digamos, mientras que Marroquín es, en punto a delicadeza moral, lo que apuntaré en su lugar, si no se me olvida de aquí a entonces.

Se me ha ocurrido por un momento averiguar a qué género de novelas pertenece *Entre Primos*; pero lo dejo, primero, porque no sé cuántos son los precitados géneros; segundo, porque no he leído ninguna novela de alguno de ellos—no conozco a Zola, no he visto sino poca cosa de Bourget—y, finalmente, porque lo bello se me destiñe a mí desde que me lo encajan en géneros y especies.

Voy por la orilla del río andando por el tortuoso sendero entre dos filas de árboles frutales; naranjos, mangos, limoneros. De la tendida rama de una ceiba arranca la varita larga, graciosamente enarcada de una parásita, cubierta de grandes flores rosadas y blancas, con dos pétalos abiertos a los lados, y otros entrecerrados y más chicos en dirección opuesta: verdaderas mariposas vegetales. Aquello es hermoso, eso es poesía, hasta que mi compañero, naturalista empedernido, me advierte que aquella planta es una *orchidea*, la

*monteria mariposea*, del nombre de Mirocles Montero C., «mi condiscípulo, que fue el primero que la clasificó.» Buen estudiante de latín sería el tal Mirocles.

Lo mismo me sucede si hay quien me explique a destiempo que la nube galoneada de oro que estoy viendo al poniente es un *cirro-estrato*, o que el cuento que me tiene distraído un rato es de la *escuela psicológica* o de la *idealista*, v. g.

Como no creo que Dios nos haya dado el entendimiento sólo para leer novelas, y pocas me han pasado ante los ojos y esas pocas a penas como descanso a otros estudios y a graves quehaceres y a los alfilerazos del prójimo, *mi novela*, la que me gusta es aquella que cuenta una acción de las que suceden o pueden suceder en la vida real cotidiana, con una trama que interese sin dar fiebre, un desenlace imprevisto, personajes bien *sentidos*—creo que así se dice,—descripciones hermosas de la naturaleza y nada que despierte las malas pasiones del corazón. Por supuesto que esté bien escrita, en buena prosa *respectiva*; es decir, no francesa cuando el libro está en castellano... y con eso, y no todos los días se consigue, me doy por satisfecho.

Todo ello lo he hallado, aunque no en una misma medida, en el libro de Marroquín, y así queda dicho que me ha parecido de rechupete.

Cuando leo a Marroquín me acuerdo siempre de Pereda, y cuando a Pereda, pienso al momento en Marroquín. Conocí a *Peñas arriba* antes que don José Manuel; y a cada pasaje que me llamaba la atención, iba yo pensando: ¿qué dirá Marroquín de esto? Mientras estuve disfrutando de *Entre Primos*, en varias ocasiones me preguntaba: si Pereda leyera este trozo, ¿lo encontraría tan bueno como a mí me va pareciendo?

A propósito: hay un problema que me ha picado la curiosidad en lo vivo; y es saber para quién es más

interesante una descripción maestra de paisajes y costumbres, si para el del país o para el extraño. El primero goza con la fidelidad del retrato; el segundo con la novedad de la escena; aquello tiene mucho de la dulce melancolía del recuerdo; aquesto algo de la punzante alegría de la ilusión. En concreto, no acierto qué me hizo gozar más, si la pintura del camino al Magdalena en *Entre Primos*, o la descripción del camino del Puerto en *Peñas arriba*. Alma—iba a decir bendita—de Jeremías Bentham, que aplicase aquí su termómetro y me dijese cuántos *grados* de placer me dieron respectivamente las dos lecturas!

Lo del maridaje que tengo hecho del novelista santanderino y del bogotano, puede depender de que ambos cultivan un mismo... Es decir, para no hablar de *géneros*, que los dos hacen sus novelas de un modo semejante: tomando sus descripciones del *natural*, pero eligiendo en la naturaleza lo mejor; copiando los caracteres y acciones de la vida *real*, pero sacando de la realidad lo que mejor sirve a la poesía. No sé cómo se llamará ese procedimiento; tal vez *naturalismo idealizado*, o cosa por ese tenor.

Creo que fue don Antonio Gómez Restrepo quien hizo notar en un lindo artículo sobre Pereda las semejanzas que él ha encontrado entre el autor de *Sotileza* y nuestro insigne conterráneo el de *El Moro*. Ambos hidalgos de vieja y limpia prosapia, católicos a macha martillo, hablistas de pro, más amigos de la vida campesina que de la ciudadana, enamorados de las *cosas* de su terruño natío, y hasta con cierto parecido en lo físico.

No voy a hacer paralelo entre los dos; porque toda comparación entre los vivos es odiosa, y además difícil, y sobre eso ocasionada a injusticias y errores por carta de más o por carta de menos. Pero, ya que estoy solo,

quiero figurarme cómo habría escrito Pereda *Entre Primos*, suponiendo que llevara diez años de residir *aquí*, y le hubiera gustado el asunto.

Por lo tocante al lenguaje, habría usado el maravilloso de costumbre, como Marroquín ha empleado el que sólo él sabe. Los dos estilos no se parecen, porque entre los grandes escritores, «cada uno tiene el suyo,» como dice el P. Astete de los ángeles de guarda. Sólo los escritores de pacotilla escriben todos de una misma manera. Me parece que se habría contentado con una acción y un nudo menos interesantes; habría acentuado más los personajes, les habría puesto colores más calientes a ciertas descripciones, y terminado por hacer felices a los protagonistas del drama. Por supuesto que estas son figuraciones mías sin pizca de meollo.

El estilo y hablar de Marroquín son—me parece a mí, y sin ofender a nadie—lo mejor que tenemos, en su género. ¡Cómo domina y señorea la rebelde prosa castellana! Giros sorprendentes por lo nuevos y tan limpios y elegantes; riqueza de archimillonario en punto a vocablos primorosos, y todo ello sin afectación, ni pedantería, ni remedo servil de este o del otro escritor peninsular. Los libros de Marroquín resisten dos lecturas sin intervalo: la primera para entretenerse con la narración; para aprender idioma, la segunda.

La acción tiene unidad—perfecta unidad—y los personajes de primera fila no se pierden un instante de vista. La trama, lejos de ser lo usado en novelones de tres al cuarto, es nueva, y, con versar sobre asunto colombiano, no está lejos del modo y arte con que tejen las suyas los grandes novelistas franceses. En esto, dicho sea con perdón, Marroquín ha aventajado a Pereda, que no enmaraña para interés del lector sino unos pocos hilos, a veces sólo en la mitad de la obra, y los

desenreda luego con la facilidad más grande. Claro: bien se sabe él que no ha menester complicados enredos para interesar a la gente y para captarse admiradores tan fervientes como este atento servidor suyo.

El desenlace se recata lo bastante para que el lector no pueda exclamar: ¡No lo dije! Lo que tiene de malo es que es igual al de una novela de Conscience. Pero ¿qué remedio? Toda narración en que haya amor tiene que acabar con matrimonio o con muerte, o... con ambas cosas a un tiempo. El interés, sin ser de aquel que no deja soltar el libro, se mantiene vivo y constante, menos en cierta temporada en un pueblo de tierra caliente. Ya se ve que aquella es como tregua, en que la imaginación del que lee se adormece, y el baile en que sucede la catástrofe (nadie murió en el baile) coge el ánimo desprevenido y resulta de sorprendente efecto.

Esto del gusto que me produjo aquella desconsoladora y amarga descripción de la sala de baile después de retirarse la gente, mientras me cansé con la risueña y de por sí exacta pintura del pueblo de San Rafael, no consiste en que prefiera yo lo tétrico a lo sereno, sino en tener un paladar para estos particulares, que no debe estar en lo justo, puesto que no siente como los maestros del arte moderno.

Ellos, o muchos de ellos, dan a la descripción en la novela el sitio de honor. Más aún: tal parece como si la acción fuera mero pretexto para hacer desfilar ante el lector cuadro tras de cuadro. Mi falta de versación en el arte me hace pensar de otro modo. Pláceme una descripción, buena, se entiende, si encaja en la acción, si viene a ser parte integrante de ella; si la decoración empalma con el drama o por analogía o por antítesis; pero me aburro cuando me pintan escenas sólo por el gusto de retratarlas.

Excuso decir que en este punto es más que probable que esté equivocado de medio a medio.

¡Los caracteres! Son las nueve... octavas partes de un libro de estos de entretener. Dios hizo al hombre a su imagen, y no sería el hombre semejanza divina si no tuviera, en una medida limitada, los atributos divinos, y entre ellos el de crear, no de la *nada*, porque eso es sólo del Señor, pero sí de muy poquito. Para eso son las artes, para eso los artistas. El rostro y la actitud del *Moisés* no estaban en ninguna parte, sino en el entendimiento de Dios y en la fantasía de Miguel Angel. El Creador le dijo al artista: ahí tienes cabeza, ojos, nariz, boca, barbas, tronco, manos, y pies. Aseméjate a mí: *hazme* un hombre de mármol, que nunca haya existido; más majestuoso y severo y grande que cuantos existen: yo te ayudaré encendiendo tu fantasía, despertándote la inteligencia y caldeando los afectos del corazón. La obra será mía, pero tuya también. ¡A trabajar! ya está.... vive, palpita.... ¿Por qué no mueve los labios?... ¡Habla! y el artista desportilla la estatua lanzándole con fuerza el martillo. Ese hombre es creador. Eso es el genio.

Se crea no sólo con el cincel, con los pinceles, sino con la palabra, con la pluma. Y con ventajas. El escultor, el pintor, hacen el cuerpo y dejan adivinar el alma; el poeta hace las almas y que el lector sospeche los cuerpos. La mitad de los hombres que han existido no viven: en este mundo se olvidaron: ¿quién se acuerda al medio siglo de la gente correcta e intachable que no valió dos cominos? No viven en el otro, porque buen lote de la humanidad se va a los infiernos, por practicar los vicios, o cultivar las virtudes al revés.

Las creaciones del genio viven aquí abajo. Nadie sabe quién fue el muy ilustre señor doctor don Juan

Alonso del Castañar de Córdoba y Ponce Hurtado de Mendoza, y todos conocemos, y estimamos y queremos a don Quijote de la Mancha. Cuántos Quijotes, locos de atar según el mundo, sabios según Dios, juzgarán a las tribus de Israel, y brillarán, por haber enseñado a muchos la justicia, en perpetuas eternidades!

Pero estábamos en los caracteres del libro titulado *Entre Primos*.

Marroquín es capaz—vaya si lo es!—de crear personajes tan vivos e idealmente reales como el más soberano novelista. La prueba al canto. Quien ha inventado al tío Leonardo, tipo que Fernán Caballero hubiera adoptado por suyo con todas veras, ¿a qué no alcanzará en punto a creaciones artísticas? Digo, pues, que Marroquín puede cuanto quiera, pero noto con pesar que no quiere cuanto puede.

Las otras figuras que aparecen en la novela *Entre Primos* están muy correctamente dibujadas, pero un tantico borrosas, de contornos esfumados y de fríos e indeterminados colores. La misma heroína puede confundirse fácilmente con cualquiera otra muchacha bogotana, y Pablo, el personaje principal, con ser dechado casi inverosímil de prendas y perfecciones, no alcanza la vigorosa individualidad que uno quisiera. Los comparsas y partes de por medio—excepción hecha del precitado don Leonardo—quedan todavía más en la penumbra.

Ya me sé que lo mismo pintando al óleo que retratando con la palabra escrita, resulta más fácil copiar viejos, y sobre todo si tienen alguna punta de ridículos, que habérselas con caritas frescas y rosagantes; no ignoro que una niña paisana nuestra, para que salga parecida en efigie, ha de asemejarse a las demás de su clase, y me figuro lo arduo que será hacer un carácter

con los poquísimos rasgos exteriores de una señorita de modesta familia de Bogotá.

Pero Lita, Lituca, la de *Peñas arriba*, consta de menos notas que Cecilia, la de *Entre Primos*, y es una criaturita que con nadie se confunde, que jamás se olvida, que se queda retratada en la cabeza años después de conocida. Chisco y Chorcocos son personajes secundarios en la obra de Pereda y son dos individualidades robustas, claras, imborrables.

Me parece que lo que hay en Marroquín es desconfianza de sus fuerzas, muy superiores a lo que él se imagina; y temor reverencial a dos divinidades contra las cuales don José Manuel no ha pecado jamás ni venialmente: la sobriedad y el buen gusto.

Ya dije cómo describe Marroquín, y por eso no lo vuelvo a decir. Me gusta que se fije en menudencias y pormenores, y que en lo general no haga inventario, como solían los llamados articulistas de costumbres. Artista es el que pesque las minucias que vienen al caso y valen por una página entera, y arroje lo demás como cardumen inútil. Difícil sería señalar la mejor descripción de *Entre Primos*. El camino al Magdalena, el trapiche, la montaña, el cafetal... pero sí. La joya del libro en lo pintoresco, es aquella levantada del novillo de su cama de yerbas al pasarle los jinetes por junto. Es cortita, no alcanza a una página, mas el mérito literario no se mide por varas ni por fanegas.

Describir con palabras lo que se alcanza con los ojos es mucho más fácil que hacer igual cosa con lo que entra por los oídos. Soy lego en psicología—la más atrasada, según he leído no sé dónde, de todas las ciencias filosóficas—pero aquello debe de consistir en que la vista percibe varias cualidades en los objetos: color, figura, tamaño; mientras que el oído tiene como único objeto propio los sonidos. En *Entre Primos* hay un

trozo magistral sobre los ruidos de las tierras calientes en la hora primera de la noche.

Voy a copiarlo aquí a ver si logro aprendérmelo de memoria:

«De gargantas micróbicas, de tiples, tenores y sopranos liliputienses; de pitos y flautines capilares, salían silbidos cuasi musicales, sutiles y prolongados en interminables calderones; píos y trinos de aves microscópicas; semifusas sacadas de imperceptibles campanillas de cristal; martilleos sobre calderos como dedales; notas sobreagudísimas, repetidas y seguidas luégo de un silbido sin fin, o un silbido larguísimo seguido de notas sueltas, y, como para que estos sonidos más o menos argentinos o metálicos parecieran por comparación melodiosos, con ellos alternaba de cuando en cuando otro como el rechinar de dos maderos que se luden o el áspero croar de los sapos y de las ranas.

Una atenta observación hacía patente que no era un vano prurito de hacer ruido lo que ponía en acción las diminutas gargantas: como en el confuso bullicio que se levanta de entre una muchedumbre, no hay palabra que no se dirija a algún oído señalado, cada vocecilla de aquellas va encaminada a alguno; cada una es un reclamo y una cita, o un *allá voy* con que se la corresponde.»

Este cuadrito es pasaporte a la inmortalidad, y pertenece a la manera modernísima como hacen sus novelas, y dentro de ellas los cuadros, los más recientes noveladores franceses. Toma Marroquín de los españoles lo que es justo y necesario para no perder lo castizo, y no desdeña los elementos que le brindan otras literaturas más adelantadas. De la moderna escuela francesa es describir lo que antes pasaba por indescriptible o indigno, por pequeño, de ser descrito; y agudeza no corta de ingenio se requiere para discriminar y analizar los mil ruidos análogos e insignificantes que reunidos forman en los climas tórridos el imponente susurro de las noches.

*Entre Primos* es novela regional, en el sentido que dan Pérez Galdós y Pereda, en recientes discursos académicos, al vocablo. Regional, pero no de la región propia del autor. La acción pasa a una jornada, a lomo de mula, de la capital de Colombia, y la hacienda de Marroquín dista de Bogotá una hora, en ferrocarril. Pues así y todo, entre los usos, costumbres, dialecto, gentes y lugares de las dos comarcas—la Sabana y la Tierra caliente—hay tantas diferencias como entre Santander y Andalucía, Castilla y Cataluña, la Mancha y la Alpujarra.

El libro en que palpita el alma y vida de Marroquín, el impregnado del aroma del rincocinto donde están las querencias, el que tiene el *sabor de la tierra* es *El Moro*. Ese libro no tiene de protagonista un hombre sino un caballo. ¿Háse visto cosa igual?

Sorprenderá semejante elección de héroe de un cuento a quien no haya vivido en la Sabana de Bogotá, a quien ignore el papel que en nuestra tierra—una llanura plana como mesa de billar, situada a dos mil seiscientos metros de altura y de treinta leguas de larga por diez de anchura, rodeada, no de precipicios espantables sino de montañas todavía más altas—a quien no sepa, digo, la importancia del caballo en la Sabana.

Por allá, en el mundo acabado de civilizar, el caballo es un cuadrúpedo, un solípedo (*equus caballus* de Linneo), que sirve para todo lo que dijo Buffon en el trocito aquel que todos aprendemos a traducir en la escuela. Tira del carro y del arado, de los coches de gala en las ciudades, lleva a la guerra al soldado, les hace ganar apuestas a los ingleses cuando corre en la pista, y sobre él hacen los jóvenes elegantes un ejercicio corporal violento que se llama equitación.

En este pedacillo de mundo descubierto por Quesada, medio civilizado por España, libertado por Boli-

var y dañado por la política, el caballo es otra cosa. El amigo del hombre, el único que no lo traiciona jamás, su compañero inseparable, su *alter ego*, la mitad de su sér. El sabanero pasa sobre su corcel la vida entera; es el único medio seguro de viajar, el único de presidir a las multiplicadas labores campesinas; el sofá, la poltrona en que descansa. Si pudiera dormir sobre el caballo no lo excusaría de fijo.

El noble bruto en nuestras llanuras altas está hecho para el papel que desempeña. No tiene la alzada, el cuello de garza y las patas de avestruz del caballo inglés de carrera; ni las manazas y la cabezota y la mole del normando. Se parece a los potros de raza cordobesa de quienes desciende, aunque modificado. Pequeñito, nervioso, de formas redondeadas, no necesita del látigo ni de la espuela, y la rienda le sirve para adivinar los deseos del jinete. No trota, y sus movimientos son tan suaves y variados que el caballero no tiene necesidad de moverse en la silla. Cabalgar aquí no es ejercicio, es placer, y tal que no exige, sino escasísima atención. Los movimientos que se requieren para gobernar al caballo, se hacen por instinto, sin poner cuidado en ello, como nadie se concentra para abrir y cerrar los ojos, para adelantar el pie al caminar.

Marroquín puede, si Dios es servido, hacer una novela mejor que *Entre Primos*, y seguramente la escribirán muy superior otros, cuando esa literatura se domicilie en Colombia; pero ni él ni los demás compondrán otro *El Moro*, que es libro *sui generis* y de mérito no relativo.

Me ha pasado lo que en las conversaciones: se empieza con un tema y a la media hora están los dialogadores a cien leguas del punto de partida. No tenía yo intención de escribir nada sobre *El Moro*.

Mi intención era escribir sobre otra cosa.

Pero al hombre rara vez le resulta aquello que se proponía.

Quiso hacer un bien, y se produjo un mal; pretendió agrandar, y dio en cara con los halagos. Así debe ser. Sólo Dios paga no según los resultados, sino conforme a la voluntad. No es Dios utilitarista. Por eso sólo a El debe servir el hombre.

Cuando se escriba para el público un buen juicio crítico de *Entre Primos*, tendrá como es uso, parte po-  
tísima el análisis psicológico de la acción y de los actores. Creo haber dicho que de la mentada psicología no se me alcanza palote, y siendo naturalmente observador de lo *de afuera*, soy lento y meope para atisbar y percibir lo *de adentro*. Mas no dejo de percatar que la transformación de la indiferencia en cariño, en el ánimo de Cecilia, debe de estar muy en el orden corriente de las cosas. Admirar un hecho de abnegación y valor sublimes es medio de fijar hondo la atención sobre el héroe; verle cuasi novio de otra prima, es despertador de emulaciones; de ahí pasó Cecilia a los celos y de ellos al cariño. Si por el mismo tiempo llegó a entender, como aconteció en realidad, la elegante nulidad de Jorge, las cosas tuvieron que suceder como en realidad sucedieron.

*Entre Primos* acaba en tragedia. Ya se ha observado, y por eso no lo apuntó, el fondo de melancolía, de pesimismo que envuelve y compenetra todas las obras literarias del señor Marroquín. Dije *pesimismo* no fatalista sino cristiano: el de Job, el del autor del *Eclesiastés*: no el que lleva al suicidio, cuando se extrema, sino al claustro; el que es padre, no del des-  
pecho sino de la resignación; no el que le hace a uno aborrecer a sus semejantes, sino tenerles lástima. Rafael Pombo, en prólogo magistral a unos artículos de

Marroquín, ya explicó, o creyó explicar el fenómeno. Le dejo a Pombo la palabra.

¿Quién creará que *Entre Primos*, con parar en lo que pára, sea el único escrito de Marroquín que no respira trizteza? Cámbiesele el desenlace por uno feliz, y el libro ni gana ni pierde.

Don José Manuel se parece a esta vida. Risas por fuera, amargores por dentro. Si nuestro poeta y novelista insigne no puede dejar de gemir por el lado del corazón, no acierta a suprimir la sonrisa por el lado del rostro. Así son sus obras, y en eso se parecen, sin que él lo intente, a la inmortal de Cervantes: lo cómico de disfraz de lo trágico; el gracejo finísimo que hace reír de tapujo del dolor punzante que obliga a llorar.

Marroquín no es festivo, pero es un salero cuanto dice; no quiere escribir donaires, mas donaire le resulta cuanto escribe. Cuánto más valen, moralmente hablando, esas frases que hacen desarrugar el entrecejo, que tanto escrito volandero que no deja otra huella que el sedimento de odio o de tristeza que deposita en el alma del lector.

Páguele Dios a Marroquín los ratos de esparcimiento que, sin ofensa divina ni humana, ha sabido proporcionar. Pasarán los tiempos, los historiadores no tendrán sino palabras de baldón para muchos hombres de los que hoy son amos de la letra de molde; y los libros de Marroquín se leerán al calorillo del hogar, regocijando a las niñas y a los chicos, que lo tendrán como amigo y profesarán cariño a su memoria.

Y Dios no tendrá que tomarle cuentas de una inocencia perdida, ni de alma extraviada por sus escritos, tan salerosos, tan regocijados, tan tristes, y... tan puros.

R. M. CARRASQUILLA

Villeta, julio 1897.